

Realismo y memoria histórica en la LJ

Antonio Rodríguez Almodóvar *

El auge de la narrativa histórica sobre los grandes y terribles conflictos bélicos de nuestro tiempo ha llegado también a la literatura para jóvenes. El escritor Antonio Rodríguez Almodóvar repasa algunos títulos, tanto extranjeros, como de nuestra literatura contemporánea que hablan no sólo de guerras, sino también de otras realidades dolorosas como el desarraigo social, la pobreza, la anorexia...

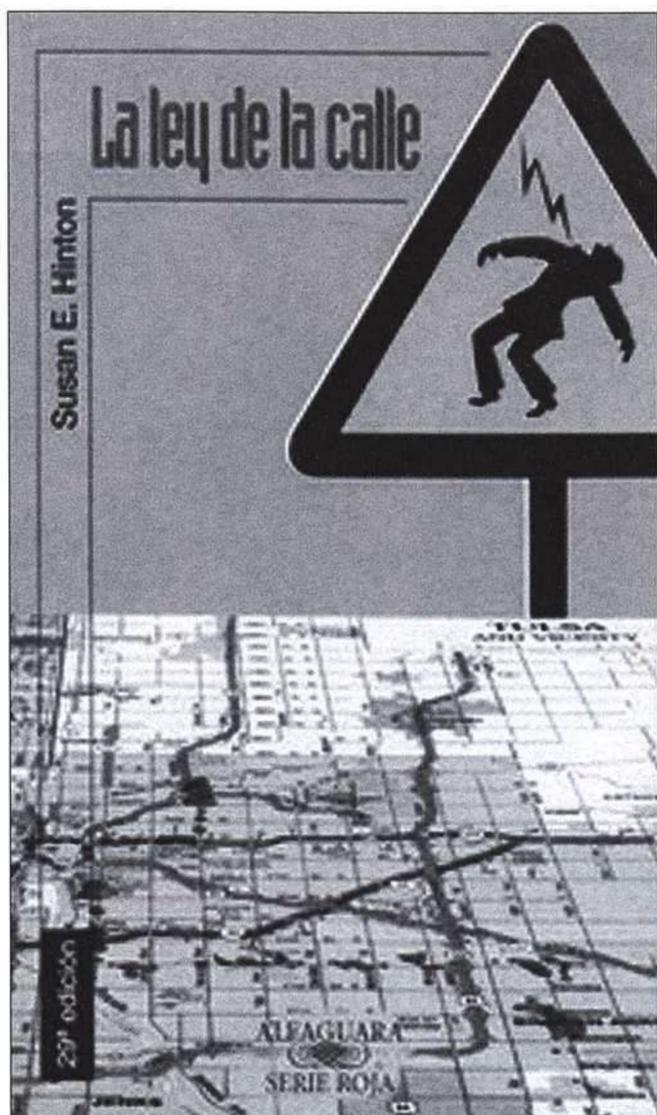


Un debate, nunca acabado, es el que gira en torno a la conveniencia de que las literaturas infantil y juvenil acojan representaciones realistas del mundo. Fantasía y realidad parecerían no ser compatibles en el universo lector de los que empiezan, y hay padres y educadores que así lo creen, con preguntas como: ¿es verdaderamente útil, en las edades tempranas, el contacto literario con los problemas reales de la existencia? ¿No es mejor que asuntos como el hambre en el mundo, el trabajo infantil, las drogas, la anorexia, la sexualidad... se aborden en otras disciplinas?

Realismo

La literatura de tradición oral resolvió este dilema hace mucho tiempo, como es propio de la inteligencia popular; creó tres ámbitos distintos de acercamiento narrativo al mundo: el de los cuentos maravillosos (fantásticos), el de las costumbres (realista) y el de los cuentos de animales (metafóricos). Tres órdenes de representación más o menos acordes con lo que, mucho después, definiría Lacan

CARLOS JIMÉNEZ, PARACUELLOS, GLÉNAT. 2000.



MABEL PIÉROLA, HAN QUEMADO EL MAR, EDEBÉ, 1993.

como *lo simbólico, lo real, lo imaginario*. Una visión triangular cuyos elementos tienden a construir armonía cognitiva.

Pues así también las literaturas de creación para niños y adolescentes deberían respetar esas mismas proporciones, y los agentes lectorales administrarles relatos de las tres clases. En estos últimos años, algunas editoriales han parecido entenderlo así, y junto a narraciones fantásticas o animalísticas, reservan parte de su repertorio a literaturas realistas.

La editorial SM acumula ya un fondo notable, en el que se incluyen historias como *No me toques la cabeza*, de Michael Guzmán, sobre el drama del divorcio de unos padres y el desarraigo social que produce en los hijos; *Querido Nadie*, de Berlie Doherty, nada menos que sobre un embarazo no deseado de una chica de 18 años, con la valentía de un final incierto desprovisto de moralinas; recientemente, *Los dientes del dragón*, de Jordi Sierra i Fabra, que se acerca sin falsos escrúpulos al drama de Sharar, que a sus 15 años se propone liberar a su hermana de una red de prostitución.

También Alfaguara tiene un importante capítulo editorial sobre estos asuntos, como *La ley de la calle*, de Susan E. Hinton, o del difícil arte de sobrevivir en los suburbios, las peleas callejeras, etc.;

Lobo negro, de Marie Hagemann, a propósito de las tribus urbanas, los *skinheads*, la intolerancia y el fanatismo ideológico; *Los ojos del lobo*, de Care Santos, sobre el secuestro de una adolescente y el desorden y la angustia que esto provoca en todo el entorno familiar y social; *Las chicas de alambre*, de nuevo de Jordi Sierra, en torno al sofisticado mundo de las *top models* y sus podredumbres internas.

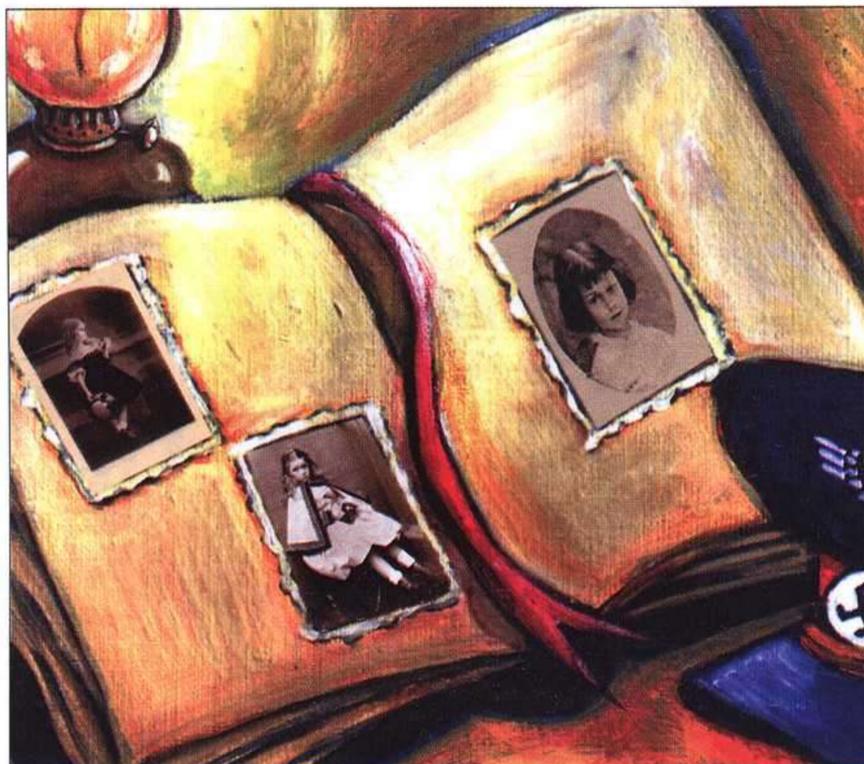
De especial relevancia me parecen dos títulos: *Maestro* (Edelvives), del francés Xavier Laurent Petit, que trata de la historia de Saturnino, un niño de la calle en Bolivia, que es rescatado, junto a otros por un director de orquesta jubilado, el cual les abre los ojos al mundo de la música, capaz de metamorfosear a los pilluelos hasta liberarlos de la esclavitud social. Y el más reciente *Pepito, el habitador de los tejados* (Kalandraka), de Manuel Janeiro y con excelentes ilustraciones de Juan Ramón Alonso. Un drama intenso, tiernamente tratado y en un castellano de muchos quilates, de un niño de la posguerra madrileña que sobrevive con su padre en una buhardilla, hasta que éste es detenido por los franquistas. «El escritor es un vengador, un yo asfixiado por la realidad», dijo Federico Martín Nebrás en la presentación del libro.

Memoria histórica

Y ya que hablamos de un libro sobre nuestra terrible guerra civil, otra vertiente de este punto de vista sobre la realidad se refiere precisamente a los dramas de las guerras. El auge de la narrativa histórica sobre los grandes, terribles conflictos bélicos de nuestro tiempo, llega también a la literatura para jóvenes. Y es saludable que así ocurra, por muchos motivos. El primero, por el conocimiento de la verdad. Afortunadamente, no han asomado por aquí —toquemos madera— los revisionistas de la Historia, esos que minimizan el Holocausto o que justifican de algún modo la insurrección de Franco contra el gobierno legítimo de la República española. Bastantes libros de texto hay en la ESO, y en Bachillerato, que todavía se desenvuelven en el «equilibrio», en el reparto de culpa y de atrocidades a partes iguales, cuando no culpan, clara o veladamente, al movimiento obrero de haber provocado el conflicto. En segundo lugar, porque sólo sobre la base de la verdad puede desarrollarse el instinto de la justicia y el ansia de libertad que caracteriza a los niños y a los adolescentes; no con doctrinas y falsedades. Y en tercer lugar, por un objetivo más ambicioso



JUAN RAMÓN ALONSO, PEPITO, EL HABITADOR DE LOS TEJADOS, KALANDRAKA, 2006.G



¿QUIÉN CUENTA LAS ESTRELLAS?

Lois Lowry

NAUTILUS[®]

aún: la construcción del espíritu crítico entre los jóvenes.

En España ya hay una saludable tradición de literatura contemporánea para jóvenes, o con niños y jóvenes como protagonistas, que van marcando ese camino de la verdad dolorosa de una guerra. Quizás arranca con la primera parte de *La forja de un rebelde*, de Arturo Barea, o con *Crónica del alba*, de Ramón J. Sender, y se consolida con *Los chicos*, de Ana M^a Matute, *Los niños de la guerra*, de Josefina Aldecoa, o *El perro loco*, de J. L. Castillo-Puche. Pero es más en nuestros días cuando las editoriales se dedican con creciente interés a esta temática. Buena señal, ahora que tanto abundan los nubarrones.

Todavía en el ámbito de la guerra civil española, merecen destacarse las *Crónicas de media tarde*, de Juan Fariñas, *Paracuellos*, de Carlos Jiménez, *Hubo una vez otra guerra*, de Luis A.

Puente y Fernando Lalana, y más recientemente *Caminar sobre hielo*, de Manuel Valls y Norberto Delisio, la historia de Manuel cuando, con su madre enferma, trata de huir por los Pirineos, como tantos otros, de la Barcelona sitiada y bombardeada de 1938. Un canto estremecedor a la amistad y a la solidaridad en situaciones límites. También el cuarto relato de *Los girasoles ciegos* (Premio Nacional de Narrativa 2005, y sin duda uno de los mejores libros en lo que va del nuevo siglo), con las dramáticas vicisitudes de un adolescente, hijo de un «topo», en el Madrid de los años 40.

Otras guerras son objeto también de esta encomiable tendencia editorial. Planeta-Oxford ha recuperado un «clásico» de la segunda guerra mundial: *¿Quién cuenta las estrellas?*, de la norteamericana Lois Lowry, que se desarrolla en el seno de una familia judía, en la Dina-

marca ocupada por los nazis; una inolvidable contribución a la dignidad humana en medio del horror.

De la guerra de Bosnia ya son bastantes los títulos dignos de reseñar: *Amir no quiere pistolas*, de Christobel Mattingley, relato de una niña musulmana que escapa con parte de su familia del infierno de Sarajevo; o *Diario de Zlata*, de Zlata Filipovic. También el golfo Pérsico nos ha dejado buenos libros, como *Han quemado el mar*, de Gabriel Janer Manila, o *Cielo negro sobre Kuwait*, de Robert Westall.

En suma, que hay donde escoger, y que también incumbe a los padres y a los educadores la decisiva misión de orientar acerca de los libros que sean veraces sobre aquello que pasó. ■

* **Antonio Rodríguez Almodóvar** es escritor. Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil 2005, por *El bosque de los sueños*.